

Neoliberalismo y sociedad de normalización

Luis García Fanlo*

En los últimos años la investigación sociológica se ha enfocado en el análisis y descripción de las formas actuales que asume la sociedad capitalista en la presunción de que nos encontramos atravesando una época de transición entre dos formas diferentes de constitución de lo social. Estos enfoques reactualizan las concepciones clásicas de la sociología y sus antinomias constitutivas tales como individuo-sociedad, naturaleza-historia, sujeto-estructura, Estado-sociedad civil, proponiendo modelos de abordaje de la sociedad caracterizados por intentar superarlas. Parte importante de estos trabajos se inspira en conceptos tales como biopolítica, subjetivación, dispositivos de poder y saber, normalización, seguridad, tecnologías de sí mismo o neoliberalismo desde la perspectiva inaugurada por Michel Foucault. En este contexto el presente texto problematiza las relaciones entre neoliberalismo, nuevos modos de subjetivación e identidades culturales cuyos efectos de poder no buscan prevenir o restringir las conductas sino promover la constitución de una subjetividad que reformule las identidades disciplinarias por nuevas identidades culturales en las que los mecanismos de control social se internalicen de tal modo que se hagan cuerpo en los sujetos y sean entendidos como producto de la voluntad y decisión personal en tanto ejercicio de la libertad.

PALABRAS CLAVE: neoliberalismo - identidades culturales - subjetivación - Michel Foucault - normalización

In recent years sociological research has focused on the analysis and description of current forms assumed by capitalist society on the assumption that we are living through a time of transition between two different forms of constitution of the social. These approaches reenact the classical conceptions of sociology and its constitutive antinomies such as individual and society, nature, history, subject-structure, state-civil society, proposing models of collision of society characterized by trying to overcome them. An important part of this work is based on concepts such as biopolitics, subjectivation, knowledge and power devices, normalization, security, technology itself or neo-liberalism from the perspective opened by Michel Foucault. In this context this text problematizes the relationship between neoliberalism, new modes of subjectivity and cultural identities whose effects cannot seek to prevent or restrict the behavior but promote the formation of a subjectivity that disciplinary identities reformulate new cultural identities in which social control mechanisms are internalized so that they become the subject and body are understood as a product of will and personal decision as the exercise of freedom.

KEYWORDS: neoliberalism - cultural identities - subjectivation - Michel Foucault - normalization

Introducción

En los últimos años el término sociedad ha renovado su actualidad dentro del ámbito académico ante la proliferación de adjetivaciones a las que ha sido sometido por diversas corrientes y autores del pensamiento sociológico contemporáneo. Así, se ha vuelto habitual leer o escuchar hablar de sociedad del espectáculo o del riesgo, sociedades disciplinarias y de control, sociedad de productores o consumidores, sociedad de la información, de vigilancia, del espectáculo, etc. en múltiples intentos por caracterizar la actualidad del capitalismo y su diferencia con una etapa previa

que habría culminado, según cada autor, con la caída del Muro de Berlín, la revolución tecnológica-digital, la globalización económica y de las comunicaciones, o el atentado contra las Torres Gemelas.

Estas diversas caracterizaciones también suelen diferir en lo que se refiere a la definición histórica del momento actual dado que para algunos autores estamos atravesando un período de transición entre dos tipos de sociedad que, aunque capitalista, difiere en sus configuraciones estructurales, en tanto para otros esa transición ya quedó atrás y nos encontramos definitivamente viviendo en una sociedad de nuevo tipo, totalmente diferente a la que imperó, digamos,

* Doctor en Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires (UBA) - Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG).

hasta mediados o finales del siglo XX. Otros sin más trámite postulan que estamos viviendo en una sociedad que sería “poscapitalista”. Sin embargo, todos coinciden en que estos cambios son irreversibles y que han afectado decisivamente nuestra comprensión sobre lo social generando la necesidad de nuevas conceptualizaciones (Bauman, 1999; Lipovetsky, 2010; Beck, 2008; Sibilia, 2008; Castells, 2005; Deleuze, 2005; Foucault, 2004 y 2007; Lazzarato, 2010; Esposito, 2011; Agamben, 2006; Mattelart, 2009).

Muchos de estos enfoques sociológicos son tributarios directa o indirectamente del pensamiento del filósofo francés Michel Foucault o, en términos más generales, de lo que se etiqueta como posestructuralismo o posfundacionalismo sea en sus vertientes francesas, alemanas, italianas, británicas o norteamericanas. Esta reactualización del debate sociológico en curso gira alrededor de la problematización de conceptos tales como neoliberalismo, modos de subjetivación, biopolítica, panoptismo, estado de excepción, era del vacío, convergencia digital-cultural, riesgo-incertidumbre, sujeción y subjetivación, acontecimiento y subjetividad, que se ensamblan, definen o redefinen en función del enfoque de zonas particulares de lo social generándose lo que aparece como una ruptura con los autores clásicos de la sociología o su reinterpretación.

Me propongo centrar mi atención en una exploración del discurso de Michel Foucault referido a su conceptualización sobre el neoliberalismo que tendría como condición de posibilidad la emergencia de lo que denomina sociedad de normalización o seguridad y que, Deleuze mediante, solemos enunciar como sociedad de control.

Michel Foucault define al Estado como una tecnología de poder y al neoliberalismo como una racionalidad política que alumbra un nuevo tipo de gubernamentalidad (Foucault, 2004: 109-138). Esta gubernamentalidad neoliberal consistiría en la generalización de los postulados de la economía social de mercado y la teoría del “capital humano” al conjunto de las relaciones sociales con el objetivo de producir individuos que se consideren empresarios de sí mismos (Foucault, 2007: 217-248). De modo tal que el neoliberalismo no es concebido por Foucault como una ideología o como una mera actualización de las políticas de gobierno liberales sino como algo que tiene como condición de posibilidad una reconfiguración de lo social cuyo umbral histórico estaría dado por la transición desde una sociedad disciplinaria a otra que denomina en forma indistinta como de normalización o seguridad.

Este pasaje desde una sociedad disciplinaria a otra de control no es entendida por Foucault en términos de etapas que se superan o anulan una a la otra, ni en una clave que remite al progreso, ni como la fusión entre ambas, sino como un complejo proceso de subsunción que requiere ser

abordado en términos de regularidad-discontinuidad y juxtaposición-dispersión. Si bien la cuestión del sujeto sigue siendo pensada como efecto del ensamble entre sujeción (técnicas disciplinarias) y subjetivación (técnicas de sí-mismo), en la sociedad actual adquirirían preeminencia nuevos modos de subjetivación espectacularizados, digitalizados, globalizados y eminentemente consumistas. Los antiguos dispositivos disciplinarios entrarían en una crisis al acoplarse a los nuevos dispositivos de normalización y seguridad, propios del neoliberalismo y la biopolítica, generando efectos de poder, saber y subjetividad sobre las identidades culturales (Agamben, 2006; García Fanlo, 2011). Conviene aclarar que el concepto foucaultiano de gubernamentalidad refiere a un tipo particular de poder productivo que sería aquel que no prohíbe ni obliga a los individuos a conducirse de determinada manera sino a conducir sus conductas dentro de determinados límites, condiciones y estructuras delimitadas de decisión que serían las que definen las formas aceptables de ejercicio de la libertad (García Fanlo, 2010: 141-169).

De la sociedad disciplinaria a la de normalización

Para Foucault (2004: 74-108) la normación disciplinaria descompone, cuadricula, clasifica y secuencializa los procesos sociales con el objetivo de adiestrar, vigilar, controlar y castigar a los individuos de acuerdo a un patrón de conducta que se prescribe como normal en contraposición con lo anormal, estableciendo lo permitido (obligatorio) y lo prohibido de acuerdo a la norma. Las técnicas y procedimientos de normalización, por el contrario, establecen riesgos diferenciales que operan sobre la realidad misma estableciendo lo que es normal dentro de ciertos límites y en relación a ciertos casos de manera que su objetivo no es el individuo sino la población o, en todo caso, el individuo como formando parte de una población.

Una población, estadísticamente construida, tendrá diferentes curvas de normalidad que definirán la existencia de grupos sociales que se constituyen tanto en sujetos como objetos de políticas sociales, mercados de consumo, formas de sexualidad, tasas de criminalidad, riesgo de enfermar, etc. y por lo tanto su clasificación social solo cobrará sentido en relación con la distribución general de casos y sus variaciones. A partir de ese momento nace un discurso sobre lo normal y lo anormal fundado en relaciones diferenciales que define los procedimientos de normalización como aquellos que buscan hacer interactuar esas diferentes normalidades procurando que las más desfavorables se asimilen a las más favorables.

La norma, en la sociedad de normalización, es un juego dentro de normalidades diferenciales en las que la acción se

juzgará como normal o anormal hasta cierto punto, en cierta medida y con cierta cantidad de límites bien marcados pero que, a la vez, generan cierto grado de variación y dispersión con respecto al promedio estadístico. El problema ya no consiste en fijar a los individuos en una cuadrícula cuyos límites son estrictos sino en controlar los desplazamientos, el intercambio, los contactos, las formas de dispersión y de distribución, las conductas y los movimientos de los individuos. Las identidades fijas, estables, sólidamente definidas y encasilladas dejan su lugar a identidades flexibles, cambiantes, inestables, desencasilladas, que se constituyen solo para desvanecerse y volver a constituirse bajo otras formas de sujeto. La circulación se vuelve condición de posibilidad de la producción.

“El público sería el nuevo sujeto social que el neoliberalismo produce para ensamblar al individuo y la población en los nuevos modos de subjetivación propios de la sociedad de normalización, seguridad y control.”

Si en la normación disciplinaria la pregunta a partir de la cual nos interpelaba el poder era “¿estás en el lugar que te corresponde?”, en la sociedad de normalización la pregunta es “¿cómo debes circular para ser normal?”. Ya no se trata de fijar o marcar territorios sino de dejar fluir las circulaciones, permitir que todo se mueva siempre, se desplace sin cesar, vaya perpetuamente de un punto a otro, pero de manera tal que los peligros inherentes a esa circulación queden anulados o controlados. No se trata de impedir que algo ocurra sino de controlar la forma en que ocurre; no se trata de evitar determinadas acciones sino de prevenir los excesos; no se trata de imponer una obediencia sino de regular las conductas. Desde luego, la circulación y la inestabilidad identitaria que requiere actualmente la sociedad capitalista para recuperar cuerpos que consuman genera el riesgo de resistencias al ejercicio del poder que para ser neutralizados requieren, según Foucault, de dispositivos y tecnologías de seguridad. Estas encuentran sus condiciones de aceptabilidad social, paradójicamente, en lo que suele llamarse cotidianamente como discurso sobre la inseguridad.

En la sociedad de normalización lo permitido ya no es obligatorio —como ocurría en la sociedad disciplinaria— de modo tal que ya no existe un patrón de normalidad único

sino que se abre un conjunto de posibilidades de elección dentro de determinados márgenes, y aunque sigue existiendo lo prohibido entra en una zona de indeterminación o indiferenciación. Si en la sociedad disciplinaria los ilegalismos se producían en un cono de sombra, en la sociedad de normalización salen a la luz y su anormalidad se convierte en una cuestión de interpretación cuya prohibición deberá dirimirse de acuerdo a cierta economía del riesgo.

Actualmente nos encontraríamos en una época de transición caracterizada por la subsunción de los mecanismos disciplinarios en los de normalización y seguridad. Un ejemplo de esta simbiosis la encontramos en la convergencia entre los antiguos sistemas de cámaras de seguridad que se empleaban para vigilar emplazamientos de encierro y las modernas y sofisticadas redes de videovigilancia digital cuya instalación es solicitada insistentemente por la población en la presunción de que ser vigilado le proveerá de inmunidad contra el delito y la inseguridad ciudadana (Mattelart, 2009: 231-248; García Fanlo, 2012). De modo tal que no solo aceptamos sino también exigimos ser monitoreados y controlados como si fuéramos presidiarios como un mal menor pero necesario para asegurar el ejercicio de nuestra libertad, entendida ésta como capacidad para circular, consumir, ser y dejar de ser lo que queramos ser.

De la ética del trabajo a la estética del consumo; del culto a la intimidad al de la extimidad (Sibilia, 2008: 9-33); de las subjetividades sólidas a las líquidas (Bauman, 2008: 7-20); de la homogeneidad a la heterogeneidad de los estilos de vida; del broadcasting al networking; de la caja de ahorros a la tarjeta de crédito; de los medios masivos de comunicación a las nuevas tecnologías de comunicación e información; del individualismo introvertido al narcisismo extrovertido; del diario íntimo al blog; de la identidad definida por dispositivos analógicos a los digitales (Siegel, 2008: 179-186). Las identidades ya no serán producidas exclusivamente en los módulos disciplinarios de los dispositivos de encierro (fábrica, prisión, hospital, escuela, cuartel, iglesia, familia, partidos políticos) sino en las modulaciones mutantes y cambiantes de los dispositivos de normalización y seguridad.

Teléfonos celulares, redes sociales digitales, políticas de salud delimitadas a grupos de riesgo, convergencia digital entre medios masivos de comunicación e Internet, políticas de la identidad que incluyen-excluyendo y que conculcan derechos colectivos en nombre de derechos individuales, comunidades de consumidores, sistemas biométricos de vigilancia e identificación, educación permanente, bonus salariales, incentivos a la investigación universitaria, organizaciones no-gubernamentales, movimientos sociales, etc. El neoliberalismo incita las incertidumbres y riesgos que estas indeterminaciones identitarias producen como condición de posibilidad para ser libres. De modo que el neoliberalismo,



tal como lo entiende Foucault, sería una racionalidad política que conduce-conductas a través de tecnologías de gobierno basadas en la gestión diferencial de riesgos y normalidades que atraviesan las políticas públicas produciendo los sujetos que las hacen socialmente posibles, existentes y aceptables.

Neoliberalismo y subjetivación

Entre fines del siglo XX y principios del XXI asistimos a la proliferación de un nuevo tipo de dispositivos productores de subjetividad asociados a lo que se ha denominado convergencia digital entre Medios Masivos de Comunicación y las Nuevas Tecnologías de Comunicación e Información (Jenkins, 2008: 13-34). Esta convergencia digital implica profundas transformaciones culturales y sociales que alteran significativamente las formas en que los individuos asumen una identidad, es decir, los patrones de conducta a partir de los cuales se reconocen a sí mismos y a los otros como sujetos. Pero no se trata de un cambio tecnológico que produce un nuevo tipo de sociedad sino, por el contrario, un nuevo tipo de sociedad que genera

las condiciones de posibilidad, existencia y aceptabilidad para el cambio tecnológico.

De modo tal que los dispositivos de normalización y seguridad conducen-conductas dentro de ciertos límites de normalidad haciendo que las identidades ya no tengan que asumir formas rígidas, permanentes y claramente delimitadas para ser normales sino flexibles, inestables y difusas. Alumbrando un nuevo tipo de gubernamentalidad cuyo fundamento es biopolítico y su matriz discursiva neoliberal.

En el caso específico de los dispositivos de información y comunicación, cuyo efecto performativo sobre la constitución de identidades culturales ha sido ampliamente evidenciado por la investigación empírica y la reflexión teórica de la sociología de la cultura y la semiótica, se evidencia una clara diferencia entre el tipo de subjetivación que producía el cine, la televisión o la radio que distinguía taxativamente entre sujetos productores y consumidores y las que producen los nuevos medios digitales en la que estas posiciones de sujeto entran en una zona de indiferenciación apareciendo la figura del prosumidor.

La interactividad que permite la Web 2.0 hace que el

consumidor pueda –dentro de ciertos márgenes- convertirse él mismo en un productor ampliando significativamente su capacidad para el reconocimiento, interpretación y reelaboración de los discursos y de las prácticas sociales asociadas a dichos discursos. Reactualización entonces de las reflexiones de Marx sobre el consumo productivo y de las teorías marxistas circulatorias que postulaban –hace más de cuatro décadas- la preeminencia de las relaciones de circulación sobre las de producción para explicar el funcionamiento de la sociedad capitalista y la reproducción ampliada del capital (Marx, 1987:10-15). El consumo, como planteaba Marx, es un momento de una serie producción-distribución-consumo de modo tal que no hay producción sin consumo ni consumo sin producción. La llamada sociedad de productores no era una sociedad sin consumo sino una sociedad de consumo, de la misma manera en que la sociedad de consumidores no es una sociedad sin productores. No pasamos de un capitalismo de productores a otro de consumidores.

En todo caso la lógica de la producción queda subsumida en la lógica del consumo invirtiendo las matrices constitutivas de subjetividad que estuvieron vigentes y fueron funcionales a las necesidades de la acumulación de capital hasta mediados del siglo XX. Cambio de subjetividades, entendidas como cambios en las condiciones de sujeción (dominación) para producir sujetos-sujetados y adaptados a las nuevas condiciones sociales, políticas, culturales y económicas de reproducción del capital que aparecen a mediados del siglo XX como corolario del fin de la Segunda Guerra Mundial. Todo lo sólido se desvanece en el aire. Esto implica que la ética (cultura) del trabajo con su mandato de consumo diferido (ahorro), identidades fijas, y reproducción de la relación salarial encerrada en la fábrica, educada en la escuela y disciplinada en el cuartel quedan subsumidas en la estética del consumo, con su mandato de consumo inmediato, flexibilidad laboral e identitaria y auto-encierro en las redes de la convergencia digital que posibilita Internet.

En términos de identidades culturales la gran diferencia entre los modos de subjetivación tradicionales y los nuevos no residiría tanto en el pasaje de un consumidor pasivo (que nunca fue tal) a un prosumidor (que nunca llega a ser tal), sino en el grado en que se amplían los márgenes y las capacidades de los sujetos para producir significaciones propias, es decir, formas de resistencia que implicarían la emergencia de zonas de indiferenciación entre las posiciones de sujeto productor y consumidor. Los consumidores producen contenidos que son reapropiados en términos de consumo productivo por las empresas capitalistas productoras de mercancías y servicios, que a la vez alientan y estimulan la extimidad de los gustos personales transformando las técnicas tradicionales de marketing y estudios de mercado que ya no asumen la forma

de mensajes unilaterales que bombardean desde afuera a los individuos. En consecuencia, las identidades culturales ya no se afirman en la permanencia sino en la variabilidad y ya no se reconocen como producto de un poder externo sino como una práctica de sí mismo (Agamben, 2006).

Estos nuevos procesos de subjetivación tienen como condición de existencia y aceptabilidad lo que Michel Foucault denominaba técnicas de sí-mismo. Éstas son un ensamble de dispositivos, modos de subjetivación y regímenes de experiencias basados en el discurso que nos dice: “hágalo usted mismo”, “sea responsable de sí mismo”, “asuma los riesgos que implica vivir en libertad” (Foucault, 1990: 45-49). Ejemplos de estos nuevos modos de subjetivación son las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), los métodos de “12 pasos” para superar adicciones, los discursos de autoayuda y examen de conciencia, los fotoshop digitales, los regímenes dietéticos y gimnásticos, los productos de belleza corporal y las cirugías estéticas para remodelar el cuerpo, etc.

Las tecnologías de sí-mismo nos interpelan para que asumamos nuestro auto-gobierno, nos “empoderemos” de nosotros mismos y, fundamentalmente, consumamos todo tipo de productos y servicios como condición de posibilidad para ser más libres, jóvenes, sanos y deseables tanto para nosotros mismos como para los otros capturándonos en un doble movimiento de totalización e individuación. Así como en las técnicas disciplinarias el afuera opera produciendo nuestra interioridad como un poder externo que se nos impone, en las técnicas de sí-mismo el afuera también actúa performativamente a través de discursos, experiencias, prácticas regladas, estereotipos y hábitos estandarizados pero éstos ya no se nos ofrecen como algo externo que se nos impone sino como algo que elegimos y aplicamos sobre nosotros mismos por decisión propia y personal operando como dispositivos de la persona (Esposito, 2011: 55-91) o regímenes del yo (Rose, 2011: 214-250).

De modo que las técnicas de sí se despliegan performativamente sobre un conjunto de prácticas éticas que asumen la forma de una “inquietud de sí” y se diferencian claramente de las prácticas morales propias de las técnicas disciplinarias. Para Foucault, los sistemas morales son sistemas de prohibiciones y prescripciones que le dicen a los individuos lo que tienen o no tienen que hacer y que se enuncian con referencia a un código relativamente formalizado, en tanto la ética se refiere al ámbito del consejo práctico sobre cómo uno debería preocuparse por sí mismo para conducirse en su propia existencia cotidiana.

La ética –definida como modo de vida o maneras de hacer socialmente aceptadas como normales- no prescribe sino que regula la conducta, de tal forma que el individuo tenga la impresión de realidad de que sus decisiones son posturas personales cuya libre elección no está influenciada por ningún condicionante externo: seremos, en todo caso, esclavos de

nosotros mismos pero nunca del otro. Ese efecto de poder y saber sería lo que Foucault denomina neoliberalismo: una forma de subjetivación que hace de la libertad individual, o de un grupo en particular, la condición de posibilidad para la sujeción del conjunto de la sociedad.

Esta subsunción de las técnicas disciplinarias en las de sí-mismo opera sobre los cuerpos, sea el cuerpo individual o el social, produciendo efectos performativos (subjetivadores) sobre los comportamientos tales como la expresión de la emoción, las maneras de caminar, sentarse, mirar, escuchar, sentir y hacer. Así ensambladas constituyen un régimen del cuerpo que gobierna la relación con nosotros mismos y con los otros, definiendo la interioridad y la exterioridad y las relaciones entre una y otra, incluyendo por ejemplo los rituales de etiqueta, los modales, las formas de autocontrol de la risa, el llanto, la ira y los afectos. Este régimen del yo modula hasta los más mínimos gestos según la situación y determina los hábitos y rituales de renunciamento, prudencia, previsión, pasión, deseo, estrés o autoestima que deberíamos practicar para ajustar nuestra conducta al nuevo orden social neoliberal. Tal como había anunciado Bourdieu (1998: 9-94) a finales del siglo XX el capitalismo produce la distinción estableciendo los criterios y bases sociales del gusto.

Neoliberalismo y gubernamentalidad

Los dispositivos disciplinarios están constantemente regimentando cómo se deben hacer las cosas y qué debemos pensar sobre las cosas que hacemos, en tanto los dispositivos de seguridad nos dejan hacer con un alto nivel de permisividad ya que responden a una forma de ejercicio del poder que solo es capaz de producirse a través de la libertad de cada uno y con el apoyo en ella: la libertad de los sujetos aparece como la condición de posibilidad de su sometimiento. Los dispositivos de seguridad, no obstante, no eliminan ni vuelven obsoletos a los dispositivos disciplinarios y jurídico-legales (soberanos) sino que los reactualizan, subsumen y asocian entre sí reconfigurando las redes de poder -saber preexistentes.

Sociedad de normalización, de riesgo, de seguridad son algunos de los nombres que Foucault asocia con lo que denomina gubernamentalidad neoliberal. El neoliberalismo no sería ni una ideología, ni un modelo de gestión de la economía, ni la etapa superior del liberalismo, sino el gobierno de la vida cotidiana, económica, social e individual que no busca disciplinar los deseos sino gobernar o gestionar su circulación para hacerlos compatibles con el mercado. De modo que se trataría de una racionalidad política y una tecnología de gobierno que lejos de eliminar al Estado lo convierte en un instrumento para crear niveles cada vez mayores de autonomía del mercado.

El mercado, para Foucault, no es una realidad natural sino que requiere para existir de la intervención política del Estado y en eso consiste una de las principales diferencias entre liberalismo y neoliberalismo. El Estado, en el neoliberalismo, no interviene directamente sobre los jugadores sino sobre las reglas del juego, es decir, no produce acciones directas sobre la economía sino acciones reguladoras cuya función es crear condiciones que garanticen el buen funcionamiento del mercado considerado como la matriz a partir de la cual debe organizarse el conjunto de la vida social tanto en términos individuales como colectivos. De modo que lo que se pretende es hacer desaparecer la contraposición entre economía y sociedad para convertir a ésta en un conjunto de jugadores económicos que deben gestionar su vida como si fuera una empresa capitalista.

“Si en la normación disciplinaria la pregunta a partir de la cual nos interpelaba el poder era “¿estás en el lugar que te corresponde?”, en la sociedad de normalización la pregunta es “¿cómo debes circular para ser normal?””

Asimismo, el concepto de gubernamentalidad no se refiere exclusivamente a los procesos políticos sino en general a lo que denomina el arte de guiar conductas desde una perspectiva teórica en la que se ensamblan formas de saber, estrategias de poder y modos de subjetivación. La gubernamentalidad es concebida como un conjunto de racionalidades y tecnologías que buscan sistemáticamente dirigir y controlar las conductas individuales y colectivas a través de formas de gobierno de sí mismo y de los otros. Esta perspectiva cobra especial relevancia para reformular las concepciones tradicionales tanto de la sociología clásica como de la ciencia política buscando superar los dualismos entre individuo y sociedad, naturaleza y cultura y sociedad y estado, economía y cultura.

El neoliberalismo, entendido como una tecnología de gobierno de sí y de los otros, no busca prevenir o restringir las conductas sino promover la constitución de una subjetividad que reformule las identidades disciplinarias por nuevas identidades culturales en las que los mecanismos de control social se internalicen de tal modo que se hagan cuerpo en los sujetos y sean entendidos como producto de la voluntad y decisión personal en tanto ejercicio de la libertad. No prohíbe la proliferación de identidades y modos de ser y hacer sino

que las incita convirtiéndolas en vectores de consumo que mercantilizan y banalizan su potencial emancipador al cooptar y capturar las resistencias dentro de la lógica del mercado, gestionando las necesidades y administrando las diferencias de tal modo que las desigualdades queden naturalizadas al ser consideradas como efectos del grado de inadaptación de los sujetos a la lógica empresarial y su incapacidad para hacerse a sí mismo un emprendedor exitoso.

El resultado consiste en la visibilización y afirmación de identidades culturales reconvertidas en sujetos consumidores perfectamente modulados en nichos de mercado personalizados y espectacularizados. Nuevas posiciones de sujeto, antes estigmatizadas como los homosexuales son reconvertidos en identidades gay que se asocian con un estilo de vida y consumo propio; al mismo tiempo y siguiendo con el ejemplo de las identidades culturales de género, surgen zonas de indiferenciación entre hombres y mujeres tales como los metrosexuales o se generaliza una cultura de cuerpo en la que los consumos antes exclusivamente femeninos (como cremas, aceites, dietética, etc.) ahora también son extensibles a los hombres.

La educación permanente, el incentivo a la investigación, el reemplazo de la cultura del trabajo por la de la empresa, el trabajo flexible remunerado según objetivos, las políticas de salud dirigidas exclusivamente a grupos de riesgo, la gestión económica de los ilegalismos, y el uso de los derechos humanos para legitimar prácticas de marketing, son algunos de los modos de subjetivación neoliberales que se ensamblan a la perfección con las nuevas tecnologías que habilitan la convergencia digital y la captura de los sujetos por las redes sociales en Internet.

En el Curso "Seguridad, Territorio, Población" Foucault (2004) diferencia entre población y público y, provocativamente, enuncia que la publicidad y la economía política burguesa nacieron al mismo tiempo. El concepto de público ayuda a pensar, desde una perspectiva foucaultiana, una diversidad de problemas actuales referidos al estudio de los medios masivos de comunicación, las tecnologías de información y comunicación, la publicidad y el espectáculo. El público sería el nuevo sujeto social que el neoliberalismo produce para ensamblar al individuo y la población en los nuevos modos de subjetivación propios de la sociedad de normalización, seguridad y control.

Quien mejor ha trabajado el tema ha sido Lazzarato (2010: 93-96) para quien el público es una forma de subjetivación centrada en la modulación de los flujos de deseos y creencias que circulan a través de lo que denomina redes inmateriales. Estas redes serían las formadas por los consumidores de imágenes, lenguajes y regímenes de signos difundidos por los medios de acción a distancia como el cine, la televisión, o

Internet. Lo que diferenciaría al público de la población sería la no referencia a lo biológico sino a la modulación, a través del marketing, de los deseos, afectos, voluntades y creencias compartidas por una comunidad de consumidores interconectados a distancia. El público como forma de subjetivación produce efectos de poder y saber, subjetividades, que actúan controlando la opinión, los hábitos de consumo, los estilos de vida, las identidades, los gustos.

Consumir ya no consiste en apropiarse de un producto sino formar parte de una comunidad empresarial, de un mundo de consumidores con los que se comparten modos de ser y maneras de hacer, pensamientos, aspiraciones, códigos de conducta, gustos, estéticas de consumo y pertenecer a esos mundos, como dice la publicidad de la famosa tarjeta de crédito, tiene sus privilegios. Es en estos mundos y comunidades virtuales creado por el marketing, la publicidad y el espectáculo en que se procesan las nuevas identidades culturales que se consumen a sí mismas apenas aparecen para dejar lugar a otras que se desvanecerán en el aire antes de que puedan llegar a consolidarse (Lazzarato, 2010: 109-113).

Conclusiones

Michel Foucault plantea que los dispositivos disciplinarios están constantemente regimentando cómo se deben hacer las cosas y qué debemos pensar sobre las cosas que hacemos, en tanto los dispositivos de seguridad nos dejan hacer con un alto nivel de permisividad ya que responden a una forma de ejercicio del poder que solo es capaz de producirse a través de la libertad de cada uno y con el apoyo en ella: la libertad de los sujetos aparece como la condición de posibilidad de su sometimiento. Los dispositivos de seguridad, no obstante, no eliminan ni vuelven obsoletos a los dispositivos disciplinarios y jurídico-legales (soberanos) sino que los reactualizan, subsumen y asocian entre sí reconfigurando las redes de poder-saber preexistentes. Son el acople, ensamble o articulación entre poder soberano, disciplinario, biopolítico y de control aunque éstos últimos son los que operan como organizadores de la matriz productora de modos de subjetivación.

De ahí que se hable insistentemente de una crisis de los dispositivos disciplinarios y que las respuestas a esa crisis sean siempre enunciados dentro del discurso de la reforma de las cárceles, escuelas, fuerzas policiales, hospitales, el empleo, etc. y que esas reformas nunca lleguen a producir las transformaciones solicitadas. No existe tal crisis sino procesos de reajuste permanente que buscan, constantemente, agenciar la diferencia y la repetición a las nuevas modulaciones en las que se procesan las subjetividades para hacerlas adaptables y adaptadas al paradigma capitalista actual.

Para Lazzarato (2010: 100-102) la clave en la que hay que

interpretar las distintas formas que para Foucault asumen históricamente las tecnologías de poder consiste en pensarlas como un proceso de des-territorialización que va desde el poder soberano (máxima territorialización) al poder de control (completa des-territorialización) pasando por el poder disciplinario y biopolítico (que en conjunto expresarían el biopoder). En esta línea de trabajo, claramente influenciada por Deleuze (2005: 115-121), el espacio cedería terreno al tiempo y los modos a las modulaciones de existir, articulando sucesivamente en las redes del poder al cuerpo, la población y los públicos. El público es una forma de subjetivación estrechamente ligada a la emergencia de los medios de acción a distancia sobre la conducta (telégrafo, teléfono, radio, cine, televisión, Internet) que ya no produce formas de ser estables y excluyentes entre sí, como la clase social, sino formas maleables, reversibles, des-territorializadas, sobre las que hay que intervenir para lograr mantenerlas a lo largo del tiempo.

El público, entonces, como sinónimo de cliente, usuario y audiencia a la que hay que fidelizar no en relación a un producto sino a los mundos y universos culturales y sociales que la publicidad y el marketing asocian, utilizando la expresión de Bauman, con una estética del consumo. De modo que el capitalismo produce mercancías que, de alguna manera, ya están consumidas porque el sujeto consumidor ha incorporado a su manera de ser la necesidad de consumir el modo de vida al que dichas mercancías están asociadas; en rigor, los sujetos son ese modo de vida. La fábrica y los trabajadores, el dispositivo de encierro y su producto, no han dejado de existir pero se han desdoblado en la empresa y en múltiples posiciones de sujeto.

De manera que la sociedad en que vivimos no ha dejado de ser capitalista sino que lo que han mutado son las formas de ejercicio del poder perfeccionándose las tecnologías productoras de sujeción y subjetivación. La información, el espectáculo, el consumo, el riesgo, la vigilancia, el supuesto vacío existencial, el desarrollo de las comunicaciones, la globalización, etc. no son algo nuevo para el capitalismo sino lo que lo define desde que subsumió en su lógica de dominación a todos los modos de producción anteriores; sin embargo, lo que es nuevo es el modo en que estos elementos constitutivos del orden social capitalista se ensamblan y articulan en nuestra actualidad.

Lo nuevo —sea lo que fuere— nunca aparece como una ruptura con el pasado sino como la subsunción de ese pasado a la novedad, lo viejo se reactualiza en lo nuevo. De modo tal que tanto aquello que se enuncia como “lo nuevo” y “lo viejo” debería ser considerado no como algo que explica sino como algo que debe ser explicado; de igual manera el concepto mismo de transición debería, también, ser criticado. Esta actitud crítica no implica negar el surgimiento de acon-

tecimientos que reestructuran radicalmente las formas que asume “lo social” en tanto regímenes de poder, saber y verdad y su efecto sobre la constitución de la subjetividad tanto a nivel individual como colectivo sino, por el contrario, pensarlos de otro modo en términos de regularidad y discontinuidad ●

Bibliografía

Agamben, G. (2006). “Metropolis”. *The European Graduate School*. Obtenido el 25 de junio de 2012 (<http://www.egs.edu/faculty/giorgio-agamben/articles/metropolis-spanish/>)

Bauman, Z. (2008). *Modernidad líquida*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Beck, U. (2008). *La sociedad del riesgo mundial. En busca de la seguridad perdida*. Barcelona: Paidós.

Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Castells, M. (2005). *La era de la información, Tomo I*. México: Siglo XXI.

Deleuze, G. (2005). “Posdata sobre las sociedades de control”. En C. Ferrer (Comp.), *El lenguaje libertario* (pp. 115-121). Buenos Aires: Terramar.

Esposito, R. (2012). *El dispositivo de la persona*. Buenos Aires: Amorrortu.

Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.

Foucault, M. (2004). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo Cultura Económica.

Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la Biopolítica*. Buenos Aires: Fondo Cultura Económica.

García Fanlo, L. (2010). *Genealogía de la argentinidad*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.

García Fanlo, L. (2011). “¿Qué es un dispositivo?”. *A Parte Rei. Revista de Filosofía*. N° 74. pp 1-8. Obtenido el 25 de junio de 2012 (<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/fanlo74.pdf>)

García Fanlo, L. (2012). “Vigilar e identificar. Formas actuales de la sociedad de vigilancia en Argentina”. *Trazos Universitarios*. Universidad Católica de Santiago del Estero. Obtenido en 13 de

julio 2012 (<http://revistatrazos.ucse.edu.ar/DetalleArticulos.aspx?IdArticulo=61>)

Jenkins, H. (2008). *Convergence Culture. La cultura de la convergencia en los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.

Lazzarato, M. (2010). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Lemke, T. (2004). "Marx sin comillas. Foucault, la gubernamentalidad y la crítica del neoliberalismo". En T. Lemke et. al. (Comps.), *Marx y Foucault* (pp. 5-20). Buenos Aires: Nueva Visión.

Lipovetsky, G. (2010). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.

Marx, K. (1987). *Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Tomo I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Mattelart, A. (2009). *Un mundo vigilado*. Buenos Aires: Paidós.

Rose, N. (2011). "Identidad, genealogía, historia". En Hall, S y Du Gay, P (Comps.), *Cuestiones de identidad cultural* (pp. 214-250). Buenos Aires: Amorrortu.

Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Siegel, L. (2008). *El mundo a través de una pantalla. El ser humano en la era de la multitud digital*. Barcelona: Aibana Editorial.